

Invitación

Podemos reconocer, por así decirlo, la escritura alfabética de la creación (...) así pues la palabra es realmente lo generador con lo cual la creación es en cierta medida la concreción y despliegue de un documento

J. Ratzinger¹

La manifestación estética es espacio privilegiado donde conocer y gustar la tradición. La literatura tiene en ello una función suprema. Las más antiguas y sutiles expresiones de la sabiduría toman forma y se transmiten a lo largo de los siglos en la poesía y en los cuentos populares; a través de ellos, transita una vía fundamental de educación, que despierta el sentido y llena la memoria de los hombres.

La intención de este trabajo es volver a pensar un testimonio de la tradición de todos los pueblos, a partir de un motivo de unidad: de qué manera efectiva y constante los cuentos, específicamente los cuentos maravillosos, como relatos desgranados de remotos mitos, han podido ser durante siglos medio de comunicación de lo sagrado y entonces, cómo podrían hoy, en esta urdimbre de mundo posmoderno, seguir siéndolo también.

La línea de lectura propuesta debe protegerse de ciertos vicios hermenéuticos: el primero y fundamental, la magra aplicación de categorías normativas evolucionistas a la literatura. Hay en el testimonio del origen un dato pleno por antonomasia, un todo mítico

1. *Dios y mundo*. (Buenos Aires, Sudamericana, 2005), 108.

de cuyo desgranamiento y dispersión se proyecta un horizonte de sentido. Desde tal perspectiva, lo actual no es superior interpretativamente, sino en cierto modo un empañamiento, una pérdida de claridad respecto de aquel supuesto original o prototipo. El significado será preciso buscarlo en las constantes, sobre las que la narración insiste.

La observación de los textos se hará con la circularidad de la mirada hermenéutica y, por ende, sus conclusiones no serán taxativas, sino respetuosas propuestas para mejoradas lecturas; seguimos el criterio de Hans-Georg Gadamer en su autobiografía intelectual: «Un mal hermeneuta es aquel que quiere tener la última palabra»². Intentaremos acercar el sentido de las acciones del héroe y de su entorno favorable o adverso con consciencia de que no son acciones reductibles a una explicación monolítica; en tanto acontecimiento humano no pueden ser solamente explicadas, sino que deben ser comprendidas. Es decir, no nos mueve el conocimiento de un hecho en sentido fáctico, siempre singular, sino la búsqueda del símbolo que entraña, desde el cual sería posible pensar su finalidad, dato que es universalizable. Entendemos la noción de «símbolo» en su valor etimológico, en tanto *symbollein* significa «acercar», «reunir», el símbolo es una parte que, al mostrarse, sugiere su complemento, una señal para reconocer y reconocerse³.

El primer acceso confina a la literatura en los límites de la anécdota y del entretenimiento más o menos reemplazable; el segundo, la convierte en vía de pensamiento pues, desde el movi-

2. *El último dios: la lección del siglo XX. Un diálogo filosófico con Riccardo Dottori*. (Barcelona: Anthropos Editorial-Rubí; México: Universidad Autónoma Metropolitana, Guajimalpa, 2010), 9.

3. Anatole Bailly, *Dictionnaire grec-français*. (Paris: Hachette, 1981), sv. *Symballein*.

miento íntimo, semejante al de una confesión, se puede leer una consigna de autoconocimiento y un fundamento de vida.

Este plan requiere al menos dos aclaraciones: señalar qué es un cuento maravilloso y precisar qué acepción damos al concepto de «sagrado». Aclarados los términos de referencia, nos interesa establecer qué materiales del argumento y qué propiedades de la composición se articulan en función de delimitar el espacio de lo sagrado, así como contribuir a descubrirlo en los movimientos de la trama y en las decisiones de los personajes. Finalmente, nos interesa colocarlos en dirección a su fin natural, que es el pedagógico.

Partimos de la afirmación metodológica de que el cuento maravilloso es en sí mismo un espacio sagrado donde se cumplen leyes diversas del mundo profano, que no entran en contraposición con este, sino que sirven para resignificarlo. Afirmar que el cuento es «espacio sagrado» correlaciona el lugar del relato con un plano supra-literario e incluso pre-lógico. Asimismo, libera el significado del concepto «cuento» de una mera forma de estructuración donde leyes compositivas y expresivas acotan su finalidad.

De lo que trata un cuento —el motivo y las secuencias de la trama— y de cómo lo dice —la composición y el estilo— se deduce que, en el mundo convencional, desde donde fluyen las experiencias vitales, hay un sustrato no material que le da orientación y sentido. Justamente esa materialidad no es su límite sino punto de apoyo de leyes que la rigen, y que son tanto físicas y biológicas como morales. La presencia trascendente de Dios se manifiesta en forma inmanente mediante tales leyes, puestas para encaminar a la perfección, si son obedecidas⁴. Allí su inmediata justificación pedagógica.

4. Fulton J. Sheen, *Filosofía de la religión. El impacto del conocimiento moderno sobre la religión*. (Barcelona, Buenos Aires: Edhasa, 1957), 345-46.

Cuando Alicia⁵, huyendo del mundo trivial, cae en la madriguera y entra en otra dimensión de apariencia infinita, queda desconcertada, desconoce, no entiende pero, a su vez, está fascinada. Esa es la sensación compartida de quien se asoma a un nuevo universo por primera vez. En cada etapa y en cada circunstancia nos debemos el descubrimiento del mundo, que nunca es monótono, nunca repetido, siempre asombroso. La forma en que traducimos el encuentro con el mundo en su calidad de «otro», de aquello aún desconocido y siempre insondable, se adapta a nuestras capacidades lingüísticas y a su cualidad temporal: contamos nuestro devenir entre conjeturas y convicciones. La oportunidad de relación y de comprensión, la posibilidad de pertenencia al mundo la da el lenguaje. Hombre, lenguaje –e inmediatamente literatura– son conexiones iniciales de toda fundación cultural. Señala Tolkien que «en nuestro mundo, el pensamiento, el lenguaje y el cuento son coetáneos» y que en las combinaciones que permite la fantasía «el hombre se convierte en sub-creador»⁶.

No hay historia del hombre que se sospeche sin su registro en signo, sin su narración. La relación entre infancia del mundo e infancia del hombre se ata a través de relatos que entroncan lo sabido con lo ignorado, lo deseado con lo prometido. Contar y cantar fueron las acciones iniciales de la memoria histórica, reparadoras de la pérdida mortal de la distracción y restauradoras de la injusticia del olvido. Contar y cantar nacieron como modos de retención, pero, sobre todo, de celebración de lo recibido y de voluntad de donación. Un cuento que recupera un valor digno de ser advertido conlleva un gesto de gratitud. Si los alcances del mundo son la tribu o la infancia, el pueblo o la familia, es decir,

5. Nos referimos a la protagonista de *Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll.

6. Tolkien, «Sobre los cuentos de hadas», 34.

si aún no nos hemos asomado a lo exterior y lejano y carecemos de experiencia de vida, la mayoría de las cosas son inimaginables; la literatura, entonces, obra como recurso de expansión de nuestros límites. Pero «expansión» no solo debería entenderse como anticipación imaginativa, no como sustitución de experiencias seguramente improbables por extraordinarias (habitar el vientre de una ballena o sobrevolar en alfombras veloces palacios orientales) sino como advertencia y profundización. La literatura se adelanta para sugerir a la vida, necesariamente laberíntica desde la mirada particular. La visión en espejo, ficticia por lo fáctico, aunque con alcances de totalidad, permite analogías personales. Tras las experiencias, espera un sentido final, que enraíza con el misterio de la vida.

El ingreso al mundo por la puerta de la tradición ofrece una prefiguración mediada por las voces de la experiencia histórica, que se vuelven en formatos amables para presentarse en la vida personal con el ideal de hacerse fuerte en la vida colectiva. Los detalles de técnicas y recursos que absorben el interés de los teóricos de la literatura no son el principio de validación; los puntos relevantes del cuento radican en su función esclarecedora ante una pedagogía responsable, donde hombre y naturaleza sean comprendidos en integración con un orden sagrado. Aunque los símbolos redentores que la tradición ha vertido en los cuentos se desgastan entrelazados con las civilizaciones, la encrucijada de todo hombre sigue siendo aproximadamente la misma. Por eso, las imágenes incorporadas en la época infantil por la literatura son más que un reservorio imaginativo, son cauce para vincular con la esperanza.

Tomo la invitación de Mariano Fazio, quien en su libro sobre Ch. Dickens y en referencia a las lecturas de otros tiempos, eventualmente acusadas de estar «pasadas de moda», nos recuerda: «En un mundo donde tantas veces prevalecen la violencia, la fealdad,

el interés egoísta, me parece que pueden ayudar algunas de las visiones “pasadas de moda” (...)»⁷

Con esta orientación y sin más pretensiones que la de la admiración y la humildad, es que hacemos esta invitación a iniciar la lectura.

7. Mariano Fazio, *El universo de Dickens: Una lección de humanidad* (Rosario: Logos, 2015), 18.